

# S E C C I O N T E N I D O

Por Francisco I. Suéscum Ottati

Durante el mes de mayo, dos meses antes de que asista todo el país a una gran actuación organizada y, de algún modo, seamos en ella partícipes; en Quito, de ascendente actividad cultural, como realidad seria y concreta dentro del a veces tan olvidado género teatral en nuestro medio, he asistido a dos obras de buen teatro, como es justo reconocerlo, en las escenificaciones realizadas por los grupos Taller de Teatro Latinoamericano, con "La Enorme Pereza de Néstor González", de Ricardo Talesnik, y del Teatro Ensayo de la Universidad Católica - TEUC- en magnífica adaptación realizada de la corta e interesante novela "El Coronel No Tiene Quien le Escriba", de Gabriel García Márquez.

En "La Enorme Pereza de Néstor González", estrenada aquí algún tiempo atrás, y contratada en función especial para los miembros de la Asociación de Funcionarios y Empleados del Servicio Exterior - AFESE-, hay que considerar que, no entrañando su presentación el descubrimiento de alguna novedad, ésta, logra proyectar en un espejo de grandes dimensiones el diario vivir de un hombre común, de aquel que circula por todas y a veces las mismas calles, de aquel que asiduamente viaja en el bus de "uno cuarenta" y de aquel que también, muy cómodamente, lo hace en su vehículo; de aquel que todos los días se rompe en las fábricas, en las empresas, en las oficinas del hombre absorbido por moldes y estructuras de plásticas conformaciones, que van desde la familiar y hogareña, pasando por la de la clase social a que pertenece y del lugar de trabajo, hasta desembocar en la absorción mayor que realiza el sistema de uno más como de muchos de los espectadores, simple y llanamente de Néstor González.

Pero un día, un buen lunes, ese hombre domesticado decide cortar las ataduras, compromisos, obligaciones y todas aquellas cosas que le hacen un hombre responsable dentro de su familia y trabajo, y un hombre de bien para la sociedad a la que se debe; resolviendo borrar de su vida los horarios de trabajo, la sumisión que siempre ha guardado frente al Jefe, el respeto y, porque no decirlo hasta temor, que ha sentido ante el "superior", la tediosa y aburrida rutina laboral, los papeles de oficina; en fin, la venta de su capacidad de trabajo por una paga escuálida que jamás le permitirá salir del círculo vicioso en el que se desenvuelve.

Y es así que, al darse cuenta de la jaula en que, prisionero, desarrolla su "libertad", sus aspiraciones e ideales, su vida entera; busca una solución, una solución que lamentablemente, al fin de cuentas, para un hombre como él, no existe ni llega en el total sentido de la palabra, ya que si bien es verdad se rebela contra el sistema que lo oprime, al no tener las condiciones para hacer de su rebeldía e inconformidad una bandera de lucha que demuestre la presencia efectiva de la gran masa que conforma la clase media a la que pertenece, con los que junto a él, beben rutinariamente el trago amargo de su situación en la vida, lo hace de manera personal, individual, con medios y métodos que no pueden trascender, llevándolo, regresándolo de nuevo, al mundo que pensó eludir, a su misma oficina, con una forma de protesta que aunque no proporciona soluciones definitivas, desnuda un problema real y concreto; la domesticación del hombre, la inconformidad frente a lo absurdo que hay en la vida y el cuestionamiento al sistema.

Como nota curiosa, no me ha dejado de llamar la atención la permanente interrupción de la obra en los entreactos, con aplausos por parte del público asistente; ¿sería tal vez una identificación del deseo reprimido de muchos con el personaje central Néstor González....? ; ¿sería tal vez una forma solidaria de protesta....? ; o, en fin sería simplemente una exagerada manera emotiva de expresión....?

En cuanto a la adaptación escenográfica de la novela "El Coronel No Tiene Quien Le Escriba", debo iniciar este breve comentario confesando una verdad, verdad que seguramente también será compartida por otros que la vieron en el Café Teatro de la Universidad Católica, y esta es que desde el inicio de la presentación de la obra

no pude sentirme, en momento alguno, como un asistente a la exhibición de una obra de teatro, hablando en el tradicional y clásico sentido de la palabra, sino más bien como un partícipe observador que, desde una ventana cualquiera del mundo, analiza y siente la triste realidad de los pueblos latinoamericanos que se encuentran agobiados por la represión institucionalizada, por los permanentes atropellos a la dignidad humana, por la violencia hecha patente en las clases sociales mayoritarias y, ciertamente, por el cáncer que cada día se reproduce galopante, los regímenes de facto.

El personaje principal de la obra es un Coronel, si, si señores, pero él es un viejo Coronel de la Revolución, el de las jornadas heroicas, que peleó, que luchó con dignidad, con valentía, que cumplió su deber como soldado consecuente de su profesión, utilizando las armas en contra de los enemigos, jamás contra los hermanos de su pueblo, que ahora se encuentra en calidad de "militar retirado", esperando de los que tienen el poder y el mando a su disposición, el reconocimiento de uno de sus derechos: el envío de la pensión económica que no llega nunca, como tampoco llegan a su pueblo las promesas y ofrecimientos de quienes gobiernan.

Mientras el Coronel espera con esa ansiedad interminable, en que lucha por mantener viva "la ilusión que aunque no se come alimenta el espíritu", el indignante dolor producido por el asesinato de su hijo Agustín, en la gallera, "por distribuir información clandestina", el abuso del explotador, la censura oficial, el hambre que no se sacia raspando el concho de café que ya no hay en el tarro ni con piedras en agua puestas en la olla, los problemas de intriga y desesperación del pueblo en donde "vive", el paso inclemente de los años y el asma de su mujer, conspiran solidariamente con el propósito de quebrar su ilusión y su esperanza.

En esa lucha desgarradora por la supervivencia de huesos y de honor, su mujer plantea la venta del último bien económico que les queda, la venta del gallo de pelea atado a la pata de la cama, para poder comer; a lo que responde el Coronel, situándose en la triste realidad, con una sola palabra que refleja el fin de la digestión y lo que, para muchos significan los olvidados.

Por esta presentación magnífica, felicitaciones a Francisco Febres Cordero, Director del TEUC, y a sus compañeros que se destacan con brillante actuación: la mujer del Coronel, Maricuz Bustamante, El Coronel, Enrique Padilla y, Don Sabas, Max Donoso.

---